

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

Fernando González - Urízar

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

Fernando González - Urízar

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los Talleres
Gráficos Corporación Li-
mitada, A Oval 748.
Santiago de Chile, 1977.

¿Quién Soy?

*"Todo sueño halla por fin su forma", dice Flaubert.
Y Marcel Proust agrega: "Soy el único ser a quien
no puedo olvidar".*

*Sean estas palabras ajenas premisa y excusa de las
mías, que ahora comienzan.*

"Soy el desarraigado que azota el viento solo,
amargo y solitario ramo de luz marchita,
aromo en los suburbios de mayo desolado,
domingo en los escaños de luna de provincia.
Me envuelven tristes humos, enredaderas pródigas,
pájaros mortecinos, cales desvanecidas,
y tengo sed de un agua feroz de altos augurios,
flor de la nieve pura, urdimbre cristalina.
Nostalgia porque tuve, desvelo porque sueño,
canción porque soy mudo, temblor porque soy fuerte,
a nadie doy mis llaves, con todos voy y vengo.
Irremediable herrumbre de ser, en que apresuro
las bodas sigilosas en un recodo súbito
con la dulce doncella cautiva de la muerte."

Quien así se autorretrata nació en Bulnes, pueblo cercano a Chillán, un día 30 de mayo de 1922, hijo de Antonio Faustino González Púcher, natural de Madrid, y de Francisca Urizar Areitio, oriunda de Zaldívar, en las provincias vascongadas. Fui el menor de cinco hijos, el pez más chico de la casa, al decir de mi madre. Componían la familia, además de mis padres, mis hermanos Faustino de los Reyes, Jesús Alberto, Fermina del Carmen y Juan Cecilio González-

Urizar. Y nadie más. ¿Abuelos, tíos, sobrinos, parientes? Todos en España. Desconocidos entonces, ahora y, quizá, para siempre jamás.

"Bulnes, allá en el sur,
palas, tizones, agrias naranjas,
zaguán azul y polvareda..."

Tuve una infancia sola, pero no triste. Huraño desde pequeño, vagaba por calles, acequias, ríos y pastos. Tierra y aire me descubrían su hondor. Amaba sobre todo ver oscurecer, advertir sensiblemente el decrecimiento de la luz y la presencia cada vez más cierta de la oscuridad. Hasta que aparecían las estrellas y retornaba a casa mordiendo una hierba, golpeando la noche con una fina varilla humedecida.

Bajo, de noble porte, mi padre tenía un carácter recio. Tempestuoso en sus iras, éstas se desvanecían ante la sonrisa tierna de mi madre. El no intervenía casi en el comercio que teníamos. Gastaba su tiempo en la filatelia, en la numismática, en la lectura de textos griegos y latinos, en charlar con el alcalde, el cura párroco y otros personajes del pueblo. Dicen que fue un conversador admirable.

Mi madre era la bella "madama" de los humildes. Administraba la tienda y negocio de casi una manzana de extensión, y reinaba en aquella casa de tres patios habitada por la familia y las amas y criadas numerosas, merced a los dones de un temperamento dulce, generoso y fuerte. Existió entrambos gran diferencia de edad, pero se amaron entrañablemente.

Cuando cumplí cinco años, murió mi padre. La casa se llenó de luto y congoja. El rostro suyo se me fue desvaneciendo en el tiempo, como una lejana señal de humo. Regresaría muchos años después, en este poema que figura en el libro "Los Signos del Cielo":

“Era la sombra,
la majestad, el trueno, la provincia
más rica de la sangre.
Su cepa de sarmientos
como un vino
cantaba entre los vasos.
Era el trigo, la luz, la flor solemne,
la mano poderosa,
rara alcurnia
del aire
su palabra.
Navíos y caballos venían de su sueño,
grandes árboles, oro,
marfiles y diamantes.
Hilvanaba de amor la piel del alma,
traspasaba de brillos
el aire más tranquilo.
Un grano de locura, suave alcanfor,
germinaba en sus días
y sus noches.
Aun el polvo rural lo respetaba.
Su bastón era un ramo
rumoroso.
Si el anillo nupcial daba un destello,
los ojos de mi madre
eran azúcar.
Yo era un niño miedoso,
un calofrío
sobre la noche austral.
El era sándalo,
hierro, timbal,
cajón de uvas o granos.
Yo era aprendiz de vago,
perseguía la luz
y la distancia.

El era recto: montaña, álamo, río,
lámpara, mano, gesto.
A fines del verano lo envolvieron
por un trece de marzo
allá en mi Bulnes.
Tierra adentro se fue su voz callando,
callando,
callando.
Cinco años míos fueron
con él hasta los lindes de ceniza
a despedir su viaje.
¡El viento era su reino! Partió como una fábula
y me olvidé de todo
por una mariposa."

Golpe durísimo para mi madre. Adelgazó, enfermó del corazón, toda su tremenda actividad no tuvo ya sentido. Vendimos el establecimiento comercial y mis hermanos marcharon a estudiar humanidades a Chillán. De entonces, dos recuerdos mortales. El primero: Extramuros de Bulnes. En un pasaje solitario, dos hombres peleando a cuchillo, y el viento, que suena extrañamente. Oigo el jadear de ambos, hasta que uno de ellos cae, diciendo: "Me mataste, carajo". Y el niño que soy, que huye a perderse. El segundo: Contemplo la vistosa patente de un pesado, inmenso automóvil. De improviso retrocede y me derriba, pasándome una de sus ruedas por la cabeza. Pierdo el conocimiento, boto muchísima sangre por boca y narices. Ya en mi lecho, entre sueños, distingo al cura párroco que me da la extremaunción. Pero no muero. Desde entonces, mi madre repetirá que vivo por misericordia del Altísimo.

Mi infancia es una lluvia que aún estila de las tejas de Bulnes. Lluvia, castañas, piñones. Naranjas que

caen como desnudos oros en la noche: ¡Tantas cosas que tocan al corazón, como bellotas, o tamarindos, o castañas o piñones o murciélagos revoloteando entre las vigas! Así, hasta que un cisne trémulo huye por la lluvia musgo adentro y el viento en los alambres rasga su mandolina alucinada.

Me llevan a Chillán. Tengo ya siete años y empiezo a borrar los primeros atisbos de poemas. Amo los sonos de la vieja cítara; del piano, que toco durante largas horas, de oído. Hago esculturas en jabón, en yeso; tallas en madera, dibujos a lápiz y a tinta. Aprendo pacientemente a volar al impulso de mis talones, a saltar armoniosamente al firmamento, cada vez más suave y largo, con el talón elástico y las plantas ingravídas.

Seminario Conciliar de Chillán. Primera, segunda, tercera Preparatoria. Después de las clases, vagabundeo. Calles, plazas, suburbios me signan definitivamente. La nostalgia de aquel país de mi infancia me hará escribir más tarde en "La Eternidad Esquiva":

"Del Ñuble al Diguillín hasta el Itata,

¡Chillán, Chillán, tan lejos!

Recuerdo tu ola intacta

de pasto en llamas solas floreciendo,

el kiosco y los laureles de la plaza,

mis ojos en la noche

y el ciruelo,

¡Chillán, Chillán,

tu gracia

de vastedad, perfume solitario!

¡Qué polvareda azul cae del tiempo

cuando remezco tu árbol,

Chillán, Chillán, tan lejos!

La sangre de mi infancia se ha quemado

entre tu verde lámpara,
mis sueños
en tu avellano puro.
¡Oh, tu agonía,
Chillán, Chillán del viento,
Chillán de la magnolia
resonando
en aquel hondo pozo de luciérnagas!"

Y sigue, sigue el poema hundiendo la negra espina de Quinchamalí en esa harina con olor a menta que es mi infancia, mi ayer. Dejo su umbral, y me derriba el tiempo con un golpe de llamas y de llaves.

De aquella lejanía, la primera visión del mar, en Constitución, y mi inalterable amor por esa apasionada plenitud que lame la vieja piedra agraria de las constelaciones.

Cuando mi familia se viene a Santiago, en 1933, para que los hermanos mayores puedan seguir carreras universitarias, ingreso como interno al Colegio Hispano Americano que dirigen los Padres Escolapios. Allí curso 5ª y 6ª Preparatoria y las Humanidades hasta el 4º año inclusive.

Tiempo de búsquedas, de formación a tientas. Siempre solo, errabundo, insatisfecho. Siempre escribiendo en secreto, tallando, haciendo música, pintando, leyendo, relejendo. ¡Ah, cómo leía entonces! Los domingos de salida eran esto para mí: un plato de manzanas, que comía a dentelladas, y libros, libros, sin orden ni concierto, de la mañana al atardecer. Y cuando el cansancio me enrojecía los ojos, resolución de problemas de álgebra y geometría. Me gustaban las matemáticas. Ni entonces ni hoy veo oposición alguna entre ellas y la poesía. Las estudiaba, por el contrario, como a ciencias ocultas, maravillosas.
"¡Libros y libros!"

La luz de los naranjos, el domingo,
Salgari, Rocambol, Bufalo Bill.
Altas rumas y sueños me circundan,
Víctor Hugo, Balzac, D'Annunzio, Dumas,
Gogol y Valle Inclán.
Un plato de manzanas,
campanadas oceánicas,
pasión de soledad.
Garcilaso, Boscán y Santillana,
el agua ensimismada
de Fray Luis de León.
Y luego matemáticas y música
y otra vez a leer.
Vargas Vila, Flaubert, Cervantes, Góngora,
Dostoievski, Tolstoi, Ercilla y Zúñiga,
Baudelaire y Rimbaud.
La fábula del alma, la ceniza
invisible del día, la amarilla
paloma de mi voz
y Walt Whitman y Poe, Machado, Bécquer,
Lautréamont y Verlaine, Rubén Darío
y San Juan de la Cruz.
Llueve un rato, los ojos se me cierran,
alguien grita en la calle, tengo pena,
un reloj da las seis.
'Es hora de partir, Fernando, vete
derechito al colegio, ya oscurece.
Adiós, pórtate bien'."

Hasta 1936 permanezco en el Colegio Hispano Americano. El 5º y 6º de Humanidades los hago en el Instituto Luis Campino, como alumno externo. Ya la adolescencia ha prendido en mí sus temblores y anhelos indecibles. La sangre canta y canta, los poemas brotan a raudales.

La Quinta Normal y el Parque Cousiño son testigos habituales de mis vagabundajes. Y en el verano, Llo-Lleo, la invicta pulsación del mar, su fuego verde, la caracola azul del día. Y en las dunas, trece uvas hermosísimas, entre siestas de dulces eucaliptos. El corazón como un fruto pensativo, al que mecen los sueños relampagueantes.

En enero y marzo de 1939 rindo mis bachilleratos en las menciones de Matemáticas y Biología, y comienzo mi carrera de Arquitectura en la Universidad Católica de Santiago. Me invade de pronto un sentimiento sombrío: los días que me restan son breves.

"Por las calles dormidas del crepúsculo
una paloma sola va conmigo.
Vuela sobre el otoño su flor alta:
madrépora del día va conmigo.
Alhaja sideral, dádiva lenta,
la muerte suspendida va conmigo.
Rosa de nieve lúcida su boca
desde la infancia va conmigo.
Al ocaso su mano perdida irá cayendo:
sobre mis sienes se hará trizas."

No obstante ello, participo en las actividades del Coro Universitario que dirige Juan Orrego Salas, y frecuento al músico Donato Román Heitmann, con el que compongo algunas canciones.

Después de dos años en Arquitectura, abandono la carrera debido a mis intensos dolores a la vista que me impiden realizar las interminables láminas de dibujo lineal. Y heme aquí, a la deriva, solicitado por múltiples intereses: poesía, música, pintura, novela, cuento, tallado. Mi familia no estimula mis aficiones, más bien desconfía de ellas, no las encuentra "serias". Estoy un año completo sin hacer aparentemente nada. ¡Nada sino estudiar ocho horas diarias en la Biblio-

teca Nacional! Las materias más variadas: filosofía, literaturas extranjeras, poesía chilena, dibujo, grafología, matemáticas, idiomas, etc. ¡Y escribir!, quizá como nunca volveré a hacerlo: ocho, diez, doce poemas diarios. A todas horas, en cualquier sitio. Además, toco piano, compongo música, pinto como un poseído.

El sentimiento premonitorio se ha acentuado. Me vuelvo profundamente religioso. "Como una espiga humilde Tú me haces cantar, como una espiga a la que el viento mece...", escribo. "Soy el cuerpo que hiende turbulento la clara superficie de tu lámpara. Si tuviera la fuerza, ciego y fatal te rompería junto a mi corazón; si me hubieras dado el viento, te mecería como a un cañaveral. Tengo sólo un grito largo. ¡Dios, Tú me abates!"

El año de libertad expira cuando la familia me emplaza: "O estudias o trabajas". Rindo pruebas para ingresar a un banco, las apruebo inmejorablemente, pero no voy a trabajar. Gritos, amenazas. Me niego. "Estudiaré Leyes", digo para postergar la decisión que debo tomar sobre mi vida. En realidad no sé qué hacer. Me han declarado remiso en el cumplimiento de mis deberes militares, me aguardan dos años de Servicio, estamos ya en abril de 1942, iniciadas las clases, cerradas las matrículas universitarias y no tengo Bachillerato en Letras. No obstante, supero todas las dificultades, y a fines de abril ingreso como alumno de Leyes a la Universidad Católica; estoy allí quince días y me cambio a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

No es que tenga realmente gusto por las leyes. Es que la carrera me concede cinco años más para decidir sobre mi destino. En la elección ha sido decisiva la lectura de "El Mundo de Ayer", de Stefan Zweig, en donde se describe a la Facultad de Derecho de la Universidad de París como un centro de intensa, bu-

llente actividad intelectual, creadora. La realidad que me toca vivir es muy otra.

"Viene de las cenizas
un añejo sabor a plombagina,
alhajas y relámpagos y azogue.
Pasa el año, el instante solar, inmóvil, solo,
navíos como címbalos y flautas,
laúdes, sicomoros, jazmines alevosos,
kioscos, acuarios, lejanos amarantos..."

Con algunos compañeros de Facultad, José Miguel Vicuña, Gonzalo Millán, Eliana Navarro, Nana Gutiérrez y otros, creamos la Academia Literaria de la Escuela de Derecho, a la que no asisten, habitualmente, más de siete personas. Más tarde fundo la Academia Musical de la misma Facultad, y empiezo a publicar algunos poemas y cuentos en la revista "Mástil". Sigo siendo el mismo ser huraño, rebelde, solitario.

En cierta ocasión, en que improviso al piano en una velada de la Academia, se acerca a mí una profesora de la Escuela Moderna de Música. Ofrece darme clases sin costo y durante un mes concurro a ellas. Una tarde, al llegar a dar mi lección, encuentro allí al compositor Pedro Humberto Allende, que me dice: "Vamos, siéntese al piano y toque lo que se le ocurra". Lo hago. Al terminar, me habla, "Usted es músico. Le haré una lista de los libros que debe adquirir. Apenas los compre, venga a verme. Se dedicará usted a la música".

No lo hice. Coetáneamente, otro acontecimiento conmovería intensamente mi ánimo.

En el mismo número de la revista "Mástil" en que aparecía un poema de Pablo Neruda —¡cómo olvidarlo!, "Melancolía en Orizaba—, venían también algunos versos míos —"Los Poemas de Dios"—. Ne-

ruda tropezó con ellos y me mandó llamar. Y cuando estuve frente a él, muy seriamente me dijo: "Es usted un gran poeta. Déjelo todo y escriba. Escriba únicamente".

Desoí también este consejo y, en mayo de 1945, contraí matrimonio con Estela Morales Muñoz, una ingeniera agrónoma de quien me enamoré perdidamente. ¿Fui valiente, fui cobarde? No lo sé. Tengo ya veintitrés años.

"Esposa, anillo raudo,
tengo tu mano sobre mi latido,
sobre mi corazón tengo tu mano
hundida y sola y clara.
Yo recorro tu cuerpo,
pulso tu sexo,
tiemblo en tu pecho
como un venado ante el relámpago.
Yo sostengo tu espalda
entre mis pies de leño
cuando duermo
y mi boca en tu boca
es una piedra ardiente
sumergiéndose
más allá de tu lengua y tu garganta..."

Mi primera experiencia en materia de concursos literarios data de 1944, año en que me presenté al Certamen de Poesía Inédita organizado por la Sociedad de Escritores de Chile. Pasaban los meses y el fallo no se conocía. Hasta que alguien me dijo: "Roque Esteban Scarpa quiere verte". Fui. "Usted es el legítimo ganador del certamen —me dice—; pero Carlos Acuña, miembro del jurado, como yo, quiere premiar a su amante, una poetisa que firma con el pseudónimo "Jesús de Luzán", unos horribles poemas al zoológico. Como me he negado a votar por tal título,

quiere declarar desierto el concurso." Y así ocurrió en definitiva. Del episodio me queda una dedicatoria de Scarpa en su libro "Mortal Mantenimiento", que me regalara en aquella oportunidad: "A Fernando González-Urizar, con inmensa fe en su destino poético".

En 1946 nace mi primer hijo, Claudio Fernando. Yo estudio y trabajo denodadamente. En radioemisoras, como actor y libretista. Soy allí "Carlos Alvarado", pseudónimo elegido porque deseo reservar mi nombre real para la poesía, mi vocación más honda.

Conozco y trato entonces a casi todos los actores y actrices del antiguo Teatro Experimental, que fundara Pedro de la Barra: Emilio Martínez, Agustín Siré, Jorge Lillo, Bélgica Castro, Domingo Tessier, María Maluenda, Roberto Parada, Rubén Sotoconil; y otros, como Justo Ugarte, Mirella Latorre, Emilio Gaete, Maruja Cifuentes, María Elena Gertner. A muchísimos de ellos los dirigiré más tarde en programas que escribo, tales como "El Canto Eterno", de intenso contenido poético.

Egreso de Leyes en enero de 1947 y me impongo la prohibición de escribir hasta que no me reciba de abogado. No lo deseo; me cuesta muchísimo, pero quiero asumir plenamente la responsabilidad material que tengo con los míos. Incumplo mi propósito y ese mismo año 1947 obtengo el Primer Premio de Poesía en el concurso organizado por la Federación de Estudiantes de Chile, que me otorga un jurado compuesto por Hernán del Solar, en representación de la Sociedad de Escritores de Chile; Luis Oyarzún, por la Universidad de Chile, y Claudio Solar, por la Federación de Estudiantes de Chile.

En 1947 nace mi segundo hijo, Fernando, y soy designado director artístico del Servicio de Radiodifusión Educativa del Ministerio de Educación Pública, actividad que comparto con Roberto Parada. Per-

manezco allí hasta el año 1949, en que nace mi tercer hijo, Pablo, e ingreso al Servicio de Impuestos Internos, en donde me desempeño en la actualidad. Entre tanto, acumulo memorias de prueba para recibirme de abogado, produzco programas de poesía dramática y estudio guión cinematográfico y dramaturgia. Todo ello, entre duros silencios y rebeldías.

"Heme aquí, volteando copas y derribando madrugada
[das,
aullando al frío, enronqueciendo las escarchas,
sucio de lobreguez, perdido entre faroles
y asfaltos húmedos, y ¡tan cansado, mierda!
No es mujer lo que quiero, esirme afuera:
ver caminos y ríos y calzadas y torres,
las luces del otoño y la manzana edénica
y el destello roto del tiempo a borbotones.
No este morir gastado de oficinas y lámparas
y lágrimas y niños y horarios y programas,
¡el aire, el mar, el pasto, el dulce
crepitar de las hojas y el amor que no vuelve!"

En 1951 nace Clara, la menor de mis hijos, e integro el directorio del Club de Autores Teatrales de Chile, junto con Santiago del Campo y otros nombres. Al año siguiente, en mi primera y única incursión por el teatro, mi obra dramática "La Soledad Ardiente" obtiene el Premio de Teatro para autores no estrenados, en el certamen que organiza el Departamento de Teatro Nacional de la Universidad de Chile. Como las restantes obras premiadas y contrariando las bases del certamen, "La Soledad Ardiente" no es representada.

Años duros, ricos, sordos, hondos, baldíos. No me acerco a literatos ni poetas. Soy un lobo estepario. Escribo poco, leo poco. Apenas logro mantener la llama encendida. Todo esto, tal vez, explique mi de,

sarraigo de todo grupo, cenáculo, generación, en la poesía de mi patria.

Así hasta el año 1956, en que frecuento el Grupo Fuego de la Poesía; en que obtengo el Primer Premio de Poesía en el concurso organizado por la Unión de Escritores Americanos; en que dos de mis poemas resultan distinguidos entre los veinte seleccionados, de los ochocientos y tantos que se presentan a los Juegos Literarios 1956, organizados por la revista "Extremo Sur", que dirige Ester Matte. Me integro también al Grupo Rectángulo de Arte Moderno, que reúne a pintores y escritores. Entre otros, Waldo Vila, José Venturelli, Luis Droguett Alfaro, Emilio Oviedo, Venancio Lisboa, Jorge Jobet y Braulio Arenas.

Tres hechos singulares harán de 1957 un año memorable en mi vida: tomo entonces la irrevocable decisión de no recibirme de abogado, para asumir lo más plenamente que pueda mi destino poético; aparece publicado, bajo el sello del Grupo Fuego de la Poesía, con prólogo de Juvencio Valle y diagramación de José Miguel Vicuña, mi libro de poemas "La Eternidad Esquiva", y un 12 de agosto, límpida como un trino en el silencio, muere mi madre, Francisca Urizar.

"Tu faz, húmeda yesca,
tu lengua vuelta musgo y orín frío,
por el Otoño cruzan.
A ras de oscuras aguas
caudales como lágrimas te buscan.
Tus ojos, uvas solas
cayendo por los muros y postigos,
vetusta viola lloran.
Tal una fuente muda
en medio del jardín desvanecido.
Tal un tañido ausente
que se hunde vagabundo en lo baldío,

relumbras y ensordeces.
¡Oreas como un vaho
de luz en las colinas del estío!
Ay, sed de limpias llamas
azules como el brillo de tu aguja
en el ojal del sueño,
¡apártame esta lluvia
que estila ciegamente hacia la nada!
¡Tan aterido soplo
la yerta pesadumbre entre tus ramas,
capullo que sahúmas,
delicia que no sacias,
umbral desfallecido en que te vacias!
Madre, ya la lluvia no cae,
deja que abra tu puerta: la tierra está florida,
¡sal de la huesa y ven conmigo!
Hoy tengo ganas de recorrer el aire
y tantas calles solas que nunca conocimos.
¡Francisca, mi pequeña Francisca,
Francisca Urízar,
nieve y candor de pluma debes ser ahora!
¡Urízar!: agua y piedra, agua vieja,
agua pura,
¿cómo amarte sin venas, sin ojos, sin palabras?"

El prólogo de Juvencio Valle para "La Eternidad Esquiva" se inicia con estas hermosas palabras: "Fernando González-Urizar canta con el ciego encandilamiento del celestial y dulce San Juan de la Cruz. Hay una desbordada unción en su acento. Sus sentidos no son los de cada día, mortales y limitados, que sólo saben de la flor y el fruto; los suyos ahondan el contorno material del mundo y en su obsesión sólo ven un aura rutilante y a esa hoguera se precipitan como la mariposa a las llamas". La obra es declarada el mejor libro del mes por el P. E. N. Club de Chile

y al año siguiente obtiene el Premio Municipal de Literatura de la Municipalidad de Santiago.

En 1958 regresa al país Pablo Neruda. Entrevistado por la "Revista Vea" (número del 29-V-1958), al preguntársele acerca de la nueva poesía chilena, responde: "He visto surgir poetas jóvenes de gran calidad y en gran número. Algunos de ellos extraordinarios, pero no se podría nombrar a algunos sin que los demás pudieran parecer voluntariamente olvidados. Uno de los que han producido mayor interés en mi espíritu es Fernando González-Urizar. Debiera nombrar a muchos otros, pero es una tarea de largo aliento y largo papel". Meses más tarde, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, Neruda ratificará públicamente esta declaración.

Miembro ya de la Sociedad de Escritores de Chile, me cabe el honor de representar a mi país en el Congreso Latinoamericano de Escritores celebrado en Mendoza en el mes de octubre de 1958, conjuntamente con Rubén Azócar, Ricardo Latcham, Luis Merino Reyes, Efraín Barquero y otros. Conozco allí a Miguel Angel Asturias, admirador profundo de mi poesía, a quien volveré a encontrar años más tarde en Rumania, antes de que obtenga el Premio Nobel de Literatura.

En el año 1960, en el Primer Certamen Literario organizado por la Casa de las Américas de La Habana, Cuba, mi libro de poemas "A Flor de Llamas" es distinguido por un jurado compuesto por Nicolás Guillén, Virgilio Piñeira y Benjamín Carrión. Viajo con tal motivo a Cuba, país en el que permanezco durante un mes y medio.

A mi regreso, tomo parte en la Fiesta de la Poesía organizada por la Escuela Internacional de Verano de Valparaíso, del 4 al 23 de febrero de 1960. En mayo del mismo año llegan a Chile ejemplares de mi libro "Las Nubes y los Años", editado en Caracas,

Venezuela, por la "Revista Lirica Hispana" que dirigen Connie Lobell y Jean Aristeguieta. Prologa la obra Pablo Neruda, quien dice, en parte del mismo: "Pocas veces he conocido tan ceñido amante de la poesía como este Fernando González-Urizar, de tan antigua y palpitante rosa. Y en su honor y esplendor ha desgranado estos collares, taciturnas, desgarradoras guirnalas, ha versado y tergiversado razones y encantamientos, ha dispuesto de extremas unciones y de atardeceres ensimismados para cantar, cantar como el Hombre manda".

Agotada esta primera edición de "Las Nubes y los Años", don Carlos George Nascimento publica en su editorial la segunda edición de la misma. Al prólogo de Pablo Neruda se ha agregado ahora un "Elogio Final" del gran poeta Angel Cruchaga Santa María. El libro obtiene al año siguiente, el Premio Municipal de Poesía "Pedro de Oña", otorgado por la Municipalidad de Ñuñoa.

Invitados por la Armada Nacional, viajamos a Isla de Pascua, en el transporte Pinto, Juvencio Valle y yo ambos de la Asociación Chilena de Escritores (SIDE), institución que en 1961 me elige como su presidente. En octubre de dicho año, "como un copudo roble que a golpes de hacha se viene guardabajo", fallece el mayor de mis hermanos: Faustino de los Reyes González-Urizar.

"¡Hermano, duerme, duerme!

La luz sella tus párpados,
tus manos

antaño laboriosas,

ahora inmóviles

como cargas de amianto sobre el pecho.

Tu gran fuego central

atardeciendo

cual navío encallado en plena sombra".

Así se inicia el poema "Llanto por el Hermano Solo", perteneciente al libro "Los Sueños Terrestres", que sirviera de inspiración y texto a la "Cantata para Coro y Orquesta" de Gustavo Becerra, presentada a los Festivales de Música Clásica Chilena de 1966 e incorporada al repertorio del Coro de la Universidad de Chile.

Reelegido presidente de la Asociación Chilena de Escritores para el año 1962, durante 1963 realizó un viaje de ocho meses por diversos países de Europa, Asia y Oriente Medio, invitado por asociaciones de escritores de dichos países. Conozco así Holanda, Unión Soviética, China Popular, Alemania, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Italia e Israel y, por falta de tiempo, debo desechar invitaciones a España, Francia y Grecia.

En 1965, editada por don Carlos George Nascimento, aparecen "Los Sueños Terrestres", con prólogo de Hernán del Solar. "¿Qué son sus sueños terrestres?", se pregunta el prologuista, y afirma: "Es la vida de un hombre en la tierra, transfigurada en lo íntimo, en el ámbito puro del alma, y preparada ya para volverse canto, confesión, promesa, silencio". Más tarde escribirá: "Creemos que una poesía como la de Fernando González-Urizar se sitúa junto a la mejor que hoy se escribe en nuestra lengua". Testimonios parecidos se vierten por Hernán Díaz Arrieta (Alone), Ricardo Latcham, Raúl Silva Castro, Luis Enrique Délano, Gonzalo Drago, Edmundo Concha, etc. "Los Sueños Terrestres" obtienen el Premio Biental de Poesía "Jerónimo Lagos Lisboa".

Al año siguiente, esta vez invitado por la Universidad de California, Sede Los Angeles, viajo a los Estados Unidos de Norteamérica como "poeta residente" en dicha universidad. Participo, como huésped de honor, en el Decimotercer Congreso de Literatura Iberoamericana celebrado en la ciudad de Los Ange-

les, California, durante el mes de enero de 1967. Dije para el Departamento de Historia unos Coloquios sobre Cultura y Civilización en América Hispana, e intervengo en un ciclo de recitales de poesía latinoamericana. Una experiencia, en suma, viva, enriquecedora de ese ambiente universitario tan pródigo en estímulos y facilidades para la creación e investigación literarias.

Me parece haber abusado de la atención de ustedes. Seré esquemático, pues, en lo que se refiere a mi pasado inmediato.

En 1970 aparece "¡Israel, Israel!", publicado por las ediciones de la "Revista Babel". Este libro es el fruto de mi permanencia en Tierra Santa, su testimonio lírico. Condensó allí sueños y experiencias de esa patria milenaria; manifiesto mi asombro y admiración apasionados por el esfuerzo creador de su heroico pueblo.

En 1971, en el Certamen Internacional de Poesía "Leopoldo Panero", un jurado que preside el eminente Dámaso Alonso otorga el Premio Único a mi libro de poemas "Los Signos del Cielo". El galardón, consistente en cien mil pesetas (unos mil dólares norteamericanos de entonces), la hermosísima edición de la obra premiada en cinco mil ejemplares y, de ellos, cien libres de costo para su autor, lo otorga el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. "Los Signos del Cielo" cosecha una abundante, excelente crítica nacional e internacional.

En 1975, editado por "Pineda Libros", se publica "Nudo Ciego". En esta obra canta inmóvil el antiguo país, el instante justo en que todo esplendor vuelve al silencio, el dulce relámpago del tiempo. Y se despliega allí un libro de estampas de amor, con su tristeza de durar y pasar y olvidar. Allí viven la desnuda ave purísima del cielo que el vasto mediodía sostiene jubiloso, las estaciones, los meses del exilio, las foga-

tas. Por él van, juntos, como la luz y el fuego, el que fui y el que soy, entre el perfume de los días húmedos y solos, cantando un lento réquiem venturoso, un responso de sol y de campanas.

"**Nudo Ciego**" obtuvo el año pasado el Premio Academia Chilena 1975, y recientemente el Premio Municipal de Literatura otorgado por la Municipalidad de Santiago.

Acaba de aparecer mi obra "**Domingo de Pájaros**", publicada por la Editorial "Pedro de Valdivia" y ya he recogido múltiples y generosos comentarios acerca de la misma. Muy pronto la Editorial Nascimento dará a luz "**Al Sur del Ayer**", selección antológica que incluye poemas inéditos, precedida de un estudio crítico de Alfonso Calderón. Y otros libros más aguardan su turno. Ellos constituyen el testimonio profundo, auténtico, del ser que soy ahora, al que le quedan aún dulces gajos de tiempo por vivir; pero que tuvo grandes racimos, pámpanos, lagares de segundos, minutos, horas, días; montes, praderas de meses con relámpagos y nidos; años de peces y caballos raudos, de espigas y de estrellas.

De este Fernando González-Urizar que quiso y quiere todavía asir la piedra de la infinitud, palpar el hueso de la eternidad, sorber la médula del tiempo.

De quien reconoce en este instante los estímulos recibidos de tantos compañeros y amigos: de Fidel Araneda Bravo, María Luisa Bombal, Carlos René Correa, Orlando Cabrera Leyva, Alfonso Calderón, Hernán del Solar, Hernán Díaz Arrieta, Delia Domínguez, José Domínguez, Gonzalo Drago, Víctor Franzani, Eugenio García Díaz, Raúl González Figueroa, Pablo Garrido, Luis Iglesias, Zulema León, Fernando Kri, Marina Latorre, Patricia Morgan, Fernando Méndez, Hugo Montes, Manuel Francisco Mesa Seco, Carlos Nascimento, Mila Oyarzún, Claudio

Orrego, Gonzalo Pineda, Oreste Plath, Pepita Turina, Modesto Parera, Matías Rafide, Luis Sánchez Latorre, Andrés Sabella, Roque Esteban Scarpa, Isabel Velasco, René Vergara, Javier Vergara Huneeus y Juvenio Valle.

Y antes de irme, les digo como en aquel poema "Ahora Eres el Mar": "¿Quieres saber quién soy, qué hago en el mundo? / Yo soy el que te besa y el besado, / el alimento de mi propia boca, / los ojos y la red que te aprisiona. / Y mi oficio es amarte, nada más, / ser el aire y el fuego de tus huesos / y la sola razón para que existas".

Fernando González-Urizar.

Santiago, jueves 18 de agosto de 1977.